Su dueña le decia,
Mi gozo y tu alegría
No ensalzas con tu canto,
Cual suceder solia? » —
Sin dar respuesta alguna,
Las penas una á una,
Con el dolor más grave
De su dueña querida,
Acabaron del ave
La macilenta vida;
Que aunque en la cárcel fiera
Pasó la vida entera
Sin que echase de ménos
Los céfiros serenos,
Despues que hubo probado
Su esfera siempre amena,
Cuando volvió su estado,
Murió el triste de pena.

¡ Huid, mentido bando
De alegres ilusiones,
Que nos henchís, pasando,
De locas ambiciones!
¡ Dejadme que tranquilo
Muera en mi probre asilo,
Pues que sólo un momento
Vive el mayor contento!
¿ Por qué quereis que ansioso
Deje mi humilde estado,
Si es más desventurado
Quien fué una vez dichoso?

Yendo á más, venir á ménos.

LA ABEJA, EL BURRO Y LA RAMA.

La abeja de una rama de romero
Formaba su panal de mieles rico;
Mas la rama encontrando en un lindero,
Se la comió un borrico.
¡ Pobre rama olorosa,
Que el blason iba á ser de los panales,
Y ya entre las mandíbulas asnales
Podrá ser, ménos miel, cualquiera cosa!

¡ Oh, qué bien con su ejemplo nos declama
Lo instable del destino,
Cuando al ir á ser miel la noble rama,
El pienso quedó á ser de un vil pollino!

Caprichos del hado.

EL ESCULTOR Y LOS DOS TRONCOS.

Cierto escultor un dia,
Viendo dos troncos, entre sí decia:
— « De este zoquete vil, lleno de lodo,
Un San Roque he de hacer con perro y todo;
Y éste, aunque para santo mejor era,
Del templo servirá, para madera. » —

Así el hado cruel que engaña á tantos,
Convierte con tristísimos ejemplos,
En madera de templos á los santos,
Y en santos la madera de los templos.

Placeres falsos.

EL MUCHACHO Y LA MANZANA.

Tiró Andrés una piedra á una manzana,
Y por dar á la fruta dió al ambiente;
Tiróle la segunda: ¡empresa vana!
La tercera tiró: ¡malditamente!
Tiró otra en fin: cayó; mas de tal gana,
Que con golpe mortal hirió su frente.

Hay bienes que en llegando, al mal iguales,
La cabeza nos rompen cual los males.

Deseos locos.

EL PASTOR Y EL NAVÍO.

Del mar en la ribera
Quejábase un pastor de esta manera:
—«¡Oh, qué sordas que tiene á mis congojas
El cielo las orejas,
Pues no me saca de zagal de ovejas,
Pati-tuertas las más, y algunas cojas!
¡Quién me diera, halagando mi albedrío,
Dirigir, por ejemplo, aquel navío,
Y á la playa arribar del indio ó moro,
Para volver con él cargado de oro!
¡Por amigos tuviera y por amigas
Entónces á señoras y señores,
Pese á cuantas ovejas y pastores
Rumiaron hierbas ó mascaron migas!
Mas ¡ay! la suerte fiera
Me arrastra, sea invierno, sea verano,
Desde el monte al redil, y de éste al llano;

Y aunque oirlas no quiera,
Me hace escuchar las simples avecillas,
Que por más maravillas
Que dicen que hacen los que de ellas cuentan.
Cada vez que las oigo, me revientan.»
Así el pastor decia,
Cuando el bajel ya apénas se veia;
Y su intenso dolor llegaba á tanto,
Que sus mejillas inundó de llanto.
Era al morir el sol, segun asienta
Quien dijo que del ábrego la saña
Removió aquella noche una tormenta
Que ni la oyó el pastor en su cabaña.
Al otro dia su manada entera
Condujo, como siempre, á la ribera,
Y del mar acercándose á la orilla,
Vió aquí y allí fragmentos de una quilla.
Buscando del naufragio indicios ciertos,
Halló al fin gavias, y despues mesanas,
Trinquetes desvelados, hombres muertos;
¡Leves cimientos de esperanzas vanas!
Entónces se acordó de su navío,
Y viendo fin tan triste,
«¡Qué bien hiciste, oh Dios, qué bien hiciste
En cohartarme, dijo, el albedrío!»
Y sin ver que á los muertos hacía agravios,
Una sonrisa se asomó á sus labios;
Y escuchando las simples avecillas,
Que hacian, segun dijo, maravillas,
Tradujo de sus plácidos gorjeos:

Modera tus deseos.
Aunque pierdas, llorando, tus encantos,
No halagues esperanzas indecisas;

Cada muerta esperanza brota llantos;
Cada llanto vertido engendra risas.

La inocentada.

LA MADRE Y EL HIJO.

— «¡Ubbb!!» — en inocente fiesta
Una madre con cariño
Gritaba á un hermoso niño
Con una máscara puesta.
Mas de sus gustos avara,
Al ver que lloraba el hijo,
Arrojándola, le dijo:
— «Tonto, si tengo otra cara.» —
Y del candor á merced,
A cuantos despues hallaba,
El niño les preguntaba:
— «¿Cuántas caras tiene usted?» —
Y es fama que ya crecido,
Llegó el niño á asegurar

Que todos suelen mudar
La cara con el vestido.

Liviandad de nuestras glorias.

EL JÓVEN Y EL RELOJ DE ARENA

Viendo un reloj de arena,
Paseábase Roman con faz serena.
— «Pasa luégo, decia,

Hora cual nunca impía;
Que pronto Ines con amoroso fuego
Me esparará en la reja; pasa luégo.» —
Y dando vueltas, su mirar sombrío
En el reloj fijaba, asaz tardío,
Hasta que al fin echó de ver que insano
Atascado se hallaba un leve grano;
Y saliendo á la calle diligente,
Llamó á la reja, pero inútilmente:
Volvió á llamar de nuevo;
Mas ya no estaba Ines: ¡pobre mancebo!

¡Quién por buscar se apena
De este mundo las dichas ilusorias,
Cuando un grano de arena
Rémora puede ser de nuestras glorias!

CANTARES

Nunca, aunque estés quejumbrosa,
Tus quejas puedo escuchar,
Pues como eres tan hermosa,
No te oigo, te miro hablar.

Tus perfecciones al ver,
Suelen los hombres decir:
« Sólo por verla, nacer;
Despues de verla, morir. »

Tras tí cruzar un bulto
Vi por la alfombra;
Ciego el puñal sepulto...
Y era tu sombra.
¡Cuánto, insensato,
Te amo, que hasta de celos
Tu sombra mato!

Que es matarme, confieso,
El olvidarme;
Aborréceme, que eso
Ya es recordarme,
Por Dios te pido
Que me entregues al ódio,
Mas no al olvido.

Que es corto sastre preveo
Para el hombre la mujer,

Pues siempre corta el placer
Estrecho para el deseo.

Ni te tengo que pagar,
Ni me quedas á deber;
Si yo te enseñé á querer,
Tú me enseñaste á olvidar.

A un mármol Pigmalion
Le dió de mujer el sér,
Y en mi cambió una mujer
En mármol mi corazon.

Si te ha absuelto el confesor
De aquello del Cabañal,
O tú te confiesas mal,
O él te confiesa peor.

Por mucho que el tren corria,
Corre tanto un « yo te adoro »,
Que era tuyo en Valdemoro,
Y en Aranjuez ya eras mia.

Mira que ya el mundo advierte
Que al mirarnos de pasada,
Tú te pones colorada,
Yo pálido cual la muerte.

Como en la iglesia te vi
Despues de lo de la fiesta,
Me santigüé, y prorumpí:
« ¿Quién dirá que aquella es ésta? »

Con tanto placer cruzamos
El túnel de Elda los dos,

Que al salir de él exclamamos:
« ¿No habrá otro túnel, gran Dios? »

Te pintaré en un cantar
La rueda de la existencia:
Pecar, hacer penitencia,
Y luégo vuelta á empezar.

Si es fácil una hermosa,
Voy, y la dejo;
Si es difícil la cosa,
Tambien me alejo.
Niñas, cuidad
De amar siempre con fácil
Dificultad.

Por más contento que esté,
Una pena en mí se esconde,
Que la siento no sé dónde,
Y nace de no sé qué.

La vida es dulce ó amarga;
Lo corta ó larga ¿qué importa?
El que goza la halla corta,
Y el que sufre la halla larga.

Mal hizo el que hizo el encargo
De hacer las cosas á gusto;
Todo es corto ó todo es largo,
Y nada nos viene justo.

Para divertir su afan,
Cantaba á su reja un loco:
« Unos estamos por poco,
Y otros por poco no están. »

El tiempo á todos consuela,
Sólo mi mal acibara,
Pues si estoy triste se para,
Y si soy dichoso vuela.

Como asegura un autor,
La muerte es un grande sueño;
Si es bueno el sueño pequeño,
El grande será mejor.

Pasa un dia, y sabe Dios
Que mi atroz melancolía
No siente que pase un dia,
Sino que no pasen dos.

La tumba es al lecho igual;
Pero bien sabido ten
Que en uno se duerme mal,
Y en la otra se duerme bien.

Si entre no haber sido y ser
Hubiera el hombre elegido,
Claro es que hubiera escogido
El no poder escoger.

Despues que ya se ha agotado
Todo humano sufrimiento,
Siempre hay un nuevo tormento
Para un viejo atormentado.

Llorar de placer se suele,
Y es que en nuestro corazon
Hay siempre una vibracion
Que, áun con el placer, nos duele.

Ayer sudé por ganar
Lo que hoy me causa desgana,

Y hoy sudo por alcanzar
Lo que me aburra mañana.

Piensa con ojos serenos
Cómo y cuándo morirás;
Que siendo el morir lo más,
El cómo y cuando es lo ménos.

Mi madre, que me amaba
Con desvarío,
Siempre al verme exclamaba:
«¡Consuelo mio!»
¡Y hoy, santo cielo,
Quién consolar pudiera
A aquel consuelo!

FIN.

ÍNDICE

	Pages.
Doloras. — Cosas de la edad	3
Glorias de la vida	5
Ventajas de la inconstancia	6
Las Dos almas	8
No hay dicha en la tierra	10
La Virtud del egoismo	11
Propósitos vanos	12
La Ciencia de la vida	15
Vanidad de la hermosura	16
Poder de la belleza	17
La Compasion	20
Corta es la vida	23
El Concierto de las campanas	24
Glorias póstumas	24
Vaguedad del placer	26
Ultimas abjuraciones	29
Quien más pone, pierde más	30
Beneficios de la ausencia	32
Adios para siempre	34
Historia de un amor	35
Todos son unos	38
La Dicha es la muerte	41
La Opinion	42
¡Quién supiera escribir!	43
Amar al vuelo	44

	Pages.
El Beso	46
¡Más !... ¡Más!..	51
Cosas del tiempo	54
Todo está en el corazon	55
¿Qué es amor?.	55
Las Dos grandezas	57
Sufrir es vivir	59
Los Dos espejos	60
Las Creencias	61
Todo es uno, y lo mismo	66
Los Dos pecadores	72
Las Dos linternas	72
Músicas que pasan	74
El Café	76
La Comedia del saber	80
Los Relojes del rey Cárlos	87
La Historia de Augusto	89
Antinomias del genio	91
Pequeños poemas. — El tren expreso	94
Las Tres Rosas	110
La Historia de muchas cartas	148
Fabulas. — Insuficiencia de las leyes	160
Instituciones inútiles	161
Oficios mutuos	162
El Falso heroismo	162
La Igualdad	164
Pelear por un mismo fin	164
Leyes fundamentales	165
Dios es causa de las causas	167
La Carambola	168
La Justicia es un cuento	169
El Método	169
La Piedad bien entendida	170

	Páges.
Baladronadas	170
De pequeñas causas, grandes efectos	171
Excusas necias	172
Nunca una moral nos cuadra	173
De gustos no hay nada escrito	175
La Muerte todo la iguala	176
No siempre el bien es fortuna	176
Yendo á más, venir á ménos	179
Caprichos del hado	179
Placeres falsos	180
Deseos locos	180
La inocentada	182
Liviandad de nuestras glorias	182
Cantares	184

FIN DEL ÍNDICE.

VERACRUZ. — IMP. « LA ILUSTRACION. »